

Propuesta Plan de Lecturas
Nivel Secundario-Ciclo Básico

A partir de la lectura de *El caldén viejo* de Marta Cardoso, los invitamos a hacer este viaje...



Marta Cardoso, en este libro, nos lleva de la mano por pequeños mundos íntimos. Y al pasar por sus páginas ese espacio poderoso de la lectura se empieza a poblar de árboles y plantas.

Actividades previas a la lectura

¿Conocen el caldén, el árbol típico de La Pampa? ¿Cuáles son sus características?
Si no lo conocen, buscamos datos sobre este ejemplar y los compartimos.
¿Qué les sugiere este título?

Conocen a la autora del libro... ¿Qué les parece si leemos sobre ella?

<https://www.leemeuncuento.com.ar/Marta-Cardoso.html>



¿Qué son los hibiscus? ¿Los conocen con este nombre? ¿Con otro? ¿Cuál?
Buscamos datos en internet sobre esta especie.
Y ahora sí, leemos el cuento...

El pozo de los Hibiscus

Marta Cardoso

No quiero que me acusen de loca, delirante o fabuladora, pero si algún día sucediera, responderé a esas calumnias. Ahora no puedo malgastar el tiempo en nimiedades. Estoy exaltada, con esa enervada inquietud que produce lo distinto, lo

diferente; eso que podría definirse como un sueño, pero que no es un sueño; algo legendariamente perfecto. Después de cincuenta años lo volví a encontrar. Estaba en el Paseo de los Inmigrantes, apoyado en el tronco del roble. No podía creer lo que estaba viendo.

Los que me conocen saben que mi padre tenía un vivero de producción de plantas en tiempos en que la tecnología aún no había llegado, por lo menos para nosotros, gente humilde, de trabajo. Me incluyo porque yo colaboraba en el cultivo.

Corría el año 1961. No había invernáculos vidriados como los hubo después. Papá había construido un pozo de diez metros de largo, dos de hondo y tres de ancho. Era un rectángulo perfecto que cubría con una gruesa lona y algunas chapas rancias que, seguramente, habían sobrado del techo de la casa.

En aquel lugar guardaba las plantas durante el invierno. Para mí, que entonces era una niña, «el pozo», como lo llamaba papá, tenía un atractivo especial. Pasaba horas y horas observando las plantas y escuchando el trinar de las aves que se oía como una etérea melodía. Era agosto, lo recuerdo porque había una importante cantidad de Hibiscus a punto de florecer. Yo me entretenía sacando yuyos de las latas, cuando apareció un gato negro de angora, esos de pelo largo y brillante.

En el vivero había muchos gatos; eran necesarios para erradicar lauchas y ratones. Me molestaba que hubiera tanta cantidad. Eran chillones, malvados. En realidad, prefería las flores y los perros.

Pero ese gato tenía la cabeza más grande que los otros y una mirada fuerte y penetrante; daba miedo. Tenía los ojos fijos en mí, estaba en el rincón izquierdo del pozo, al lado de los Hibiscus. Él me examinaba y yo lo hacía también. Parecía desafiarme.

Así estuvimos un rato, como midiéndonos. Hasta que un miedo palpitante me embargó. Por las dudas, tomé un palo de escoba que oficiaba de tutor de una planta y corrí al animal. Como buen felino saltó al exterior y salió disparando. Quedé estupefacta. Ese gato tiene cola de lagarto, dije. En su huida pasó por entre las piernas de Juan Cotella, quien estaba podando el cerco, y se perdió entre los árboles.

—Juan, ¿vio ese gato negro? —pregunté señalando al animal que ya había desaparecido—. Tiene cola de lagarto y una cabeza enorme.

—No lo vi, Marta, ¡qué raro! No he visto ningún gato con esas características—.

Cotella me miró divertido—: ¿No será imaginación tuya? Los gatos tienen pelo y son muy diferentes a los reptiles. Corrí enojada a contarle a mamá. Lo había visto, estaba segura. No era imaginación; era un gato de angora negro con cola de reptil.

Mamá se enojó: —Te tengo dicho que no quiero que pases horas en el pozo. No es lugar para las niñas. El gato pudo haberte arañado la cara. Los gatos son salvajes, no te acerques a ellos.

—Éste tenía cola de reptil —agregué sabiendo que mamá se enfurecería pues los odiaba.

—¡Qué asco! —exclamó—, los gatos son asquerosos y las víboras también. Cuando llegó papá le conté, al detalle, mi encuentro con el gato. Interesado preguntó: —¿Cómo era la cola de ese gato? —Igual a la de los lagartos. Tenía manchitas amarillentas y marrones, sin pelo, con escamas y era más larga que la cola normal de los gatos.

Papá quedó pensativo.

-Me dio miedo ese animal, papi.

—¿No sería un lagarto en vez de un gato?

—Nooo, papá, te digo que era un gato con cola de reptil.

—Por las dudas, no regreses al pozo, dejá que los hombres hagan los trabajos allí —mandó mi padre. Dejé pasar unos días y, como soy testaruda, regresé al pozo. Los Hibiscus habían florecido. Se acercaba septiembre. Estaban óptimos para la venta. Las flores de los Hibiscus son largas, con forma de trompeta; casi todas aquellas que teníamos eran de color rojo, solo había cinco rosadas; me entretuve contándolas. Recuerdo que estaba cortando una de esas flores para adornar mi cabeza cuando sentí un latigazo picante sobre mi mano. ¡Era el gato!, me había pegado con su cola de reptil. Salí gritando de allí. Juan Cotella se asustó.

—¿Qué te pasa, niña? ¿Por qué gritás así?

—El gato me pegó con su cola de reptil —y le mostré la marca que me había quedado.

—¿Estás segura? ¿No te habrás lastimado con la pala?

—No, fue el gato... fue el gato —insistí lagrimeando. Don Juan me enjuagó la herida con el chorro de la manguera y aconsejó que fuera a lavarme con jabón blanco.

—Le juro que fue el gato —le aseguré—, pero Cotella no me creyó, se le notaba en la expresión del rostro.

Después de este episodio, me crucé con el gato dos veces más. Por las dudas, cuando él llegaba yo, rapidito, me iba.

Un día papá tapó el pozo porque había comprado un invernáculo de vidrio. Me dio mucha pena que lo taparan. Era mi refugio.

Cuando lo cubrieron papá me dijo: —Espero que no veas más a ese gato.

Al notar mi desencanto, propuso que plantáramos un roble. Y así lo hicimos; con los años se hizo gigante. Es el padre de los que están en el Paseo de los Inmigrantes. Tal como deseaba papá, no volví a encontrarme con el gato; aunque, muchas veces me pareció verlo acomodado encima de la rama de un caldén viejo árbol o escondido en un arbusto. Cuando me acercaba para comprobarlo, no era el gato de cola de reptil, era uno de entre el montón de gatos que siempre merodeaban. Por suerte jamás volví a verlo... hasta hoy. Apoyaba su cabeza en el tronco del roble y, con su cola de reptil, había atrapado una rama seca. Una conmoción espeluznante se apoderó de mí. Regresé a mi casa más que a pie, volando; pero esta vez no le conté a nadie que lo había visto. No deseaba que me trataran de loca y, por las dudas, tomé la decisión de no pasar más por ese lugar. Han pasado varios años, aquel evento se borró de mis recuerdos hasta que un día, mi vecina apareció con la noticia:

—Marta, ¿se enteró de que en El Paseo de los Inmigrantes hay un gato negro de angora con cola de reptil?

—No, la verdad, no —respondí dando un respingo.

—Mire, mire: aquí está la foto, en la portada del diario; parece que es mitológico o algo así, dicen —subrayó mi vecina ufana de darme la primicia.

Meneando la cabeza y frunciendo los labios, agregó—: Un disparate, querida. Antes, en mis tiempos, no se veían animales tan raros.

Esta vez callé, no quiero que me acusen de loca, delirante o fabuladora.

* Hibiscus, planta herbácea de la familia Malvaceae, típica de climas cálidos, comúnmente llamada Rosa China.

Después de la lectura

Respondemos algunas preguntas en relación al cuento:

¿Qué motiva la inquietud de la niña en su recorrida por el vivero?

¿Qué sensaciones surgen en ese momento? ¿Por qué le sucede esto?

¿Cuál es la relación de los hibiscus con el título del cuento? ¿Por qué?

¿Qué hechos fantásticos se dan en el relato?

¿Cuál es el desenlace de esta historia?

Propuesta de escritura

. Cada uno piense en un árbol. Puede ser el del patio de casa, el que está en la esquina de la escuela, aquel al que de niño siempre nos trepábamos. ¿Saben cómo se llama? ¿Lo pueden averiguar?

. Ahora vamos a hacer un **INVENTARIO ILUSTRADO DE ÁRBOLES**. O sea que en este paso hay que dibujar. Intenten concentrarse en los detalles que hace único ese ejemplar.

. Después vamos a insertar una entrada enciclopédica poética. No somos expertos en el tema, pero sí podemos ser los que más conocemos ese árbol. En no más de tres renglones describan el árbol, dónde se ubica, cómo es el tronco, la copa, sus hojas, a que huele, qué se siente al acariciar su corteza, y qué historias sucedieron o aún se tejen en su sombra. Por ejemplo:



OLMO. Están en el patio de la casa donde nos mudamos hace poquito, desconozco el tiempo que lleva ahí. En septiembre lo vi de nuevo florecer. Para el verano seguro tendrá su copa con forma de corazón. Suben caracoles por su tronco. De una de

sus ramas cuelga la hamaca que me hizo papá, casi todas las siestas con sol, las paso ahí.

ANIMALARIO

Teniendo en cuenta el texto *El pozo de los Hibiscus*, vamos a dejar de lado el árbol y nos quedaremos con el gato que protagoniza esta historia.

¿Se animan a nombrar gatos reconocidos en la literatura y el cine? ¿El gato con Botas? ¿El gato de Cheshire que aparece en Alicia en el país de las maravillas? ¿El gato negro de Edgar Allan Poe? ¿Mateo y su gato rojo?

. Los desafiamos a inventar un bicho, que sea una mezcla extraña de dos animales. Podemos crearlo jugando con el “*Animalario Universal del Profesor Revillod*”, averigüen si está en la biblioteca de la escuela. O bien pueden dejar volar su imaginación y darle vida a una lombrifante (mezcla de lombriz y elefante) o un conedrilo (cabeza de conejo, cuerpo de cocodrilo). Siguiendo una consigna de Maite Alvarado, compartimos tips para obtener una especie curiosa:

. Pueden hacer una lista de animales y luego cruzarlos: toman el comienzo de uno y el final del otro. Luego hacemos un punteo de sus características principales pensando: qué aspecto y tamaño tiene, cuál es su hábitat, de qué se alimenta, qué sonido emite, cuáles son sus costumbres.

. ¿Ya lo tienen? Ahora entonces lo incorporamos en una historia y escribimos un microcuento, o sea: es un relato breve, que juega con el humor o el ingenio para atraparnos en la trama. A modo de ejemplo:

Una pequeña fábula, de Franz Kafka:

¡Ay! -dijo el ratón-. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo. Corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan

rápido que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa sobre la cual debo pasar.

-Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo -dijo el gato... y se lo comió.

. Luego todos leemos las producciones que compartimos virtualmente y veremos qué zoológico tan extraño o no... tenemos en el aula.

Para seguir leyendo:

- * "El caldén viejo" de Marta Cardoso
- * "La sogá" de Silvina Ocampo
- * "Casa tomada" de Julio Cortázar
- * "Historia de los dos que soñaron" de Jorge Luis Borges